

Theophilus North

THORNTON WILDER

Theophilus North

Traducción de Isabel González-Gallarza



451.http://

ISBN 978-84-96822-62-7

PRIMERA EDICIÓN EN 451 EDITORES
2009

TÍTULO ORIGINAL
Theophilus North

© DEL TEXTO: The Wilder Family LLC,
1930, 2000 / Publicado en acuerdo con
The Wilder Family LLC y The Barbara
Hogenson Agency, Inc.

© DEL APÉNDICE: Tappan Wilder, 2003

© DE LA TRADUCCIÓN: Isabel González-
Gallarza Granizo, 2009

© DE LA EDICIÓN: 451 Editores, 2009

Xaudaró, 25
28034 Madrid - España

tel 913 344 890 - fax 913 344 894

info451@451editores.com
www.451editores.com

DIRECCIÓN DE ARTE
Departamento de Imagen y Diseño GELV

DISEÑO DE COLECCIÓN
holamurray.com

MAQUETACIÓN
Departamento de Producción GELV

IMPRESIÓN



Talleres Gráficos GELV
(50012 Zaragoza)
Certificado ISO

DEPÓSITO LEGAL: Z. 0000-09
IMPRESO EN ESPAÑA

Todos los derechos reservados. Esta
publicación no puede ser reproducida
sin el permiso previo por escrito de los
titulares de los derechos.

Para Isabel Wilder

UNO

LAS NUEVE VOCACIONES

LA PRIMAVERA DE 1926 DEJÉ MI EMPLEO.

11

Los primeros días que siguen a una decisión así se siente uno como si acabara de salir de un hospital después de una larga enfermedad. Poco a poco aprende a caminar otra vez; poco a poco, y no sin cierto asombro, levanta la cabeza.

Mi salud era excelente, pero estaba agotado interiormente. Durante cuatro años y medio había sido profesor en un colegio masculino privado de secundaria, en Nueva Jersey, y durante tres veranos había trabajado también como monitor en las colonias de vacaciones de dicho establecimiento. De apariencia alegre y responsable, en mi fuero interno era, sin embargo, un cínico, y carecía casi por completo de la más mínima compasión por mis semejantes, exceptuando a los miembros de mi familia. Contaba entonces veintinueve años, a punto de cumplir los treinta. Tenía ahorrados dos mil dólares en un depósito a plazo fijo en el banco que pensaba destinar para regresar a Europa —en 1920 había pasado un año en Italia y Francia— o para costearme un título de posgraduado en alguna universidad. No tenía claro lo que deseaba hacer en la vida. No quería ser profesor, aunque sabía que tenía un talento especial para ello; a menudo las naturalezas indecisas como la mía se decantan por la docencia cuando carecen de una vocación más marcada. No quería ser escritor, cuando por escritor se entiende aquel que vive de su pluma; quería involucrarme mucho más en la vida de lo que lo hace

un escritor. De tener que dedicarme a lo que llaman *escribir*, no sería hasta haber cumplido los cincuenta. Si era mi destino morir antes de alcanzar esa edad, quería asegurarme de haber acumulado un abanico de experiencias lo más amplio posible, o, lo que es lo mismo, no haberme limitado a esa búsqueda, noble, pero en gran medida sedentaria, que se engloba en el ámbito general de la palabra *arte*.

12 Profesiones. Carreras. Conviene prestar atención a las sucesivas vocaciones que acaparan la imaginación de un adolescente, pues dejan tras de sí profundas huellas. En los años en que surge la primera savia, se anuncia ya la forma que tendrá el árbol futuro. Las promesas de nuestra imaginación nos moldean.

En distintas etapas de mi vida habían despertado mi entusiasmo nueve vocaciones, que no se habían presentado necesariamente de manera sucesiva, sino simultánea a veces, de cuando en cuando alguna se había extinguido para revivir poco después, y, en otras ocasiones, habían vuelto a manifestarse con gran ímpetu pero bajo una apariencia distinta, reconocible tan solo, no sin perplejidad por mi parte, después de los acontecimientos que las habían hecho surgir desde las profundidades de mi conciencia.

La PRIMERA de todas, la más temprana, se manifestó cuando yo tenía entre doce y catorce años, y la evoco aquí con cierta vergüenza. Decidí ser santo. Me imaginaba misionero entre pueblos primitivos. No había conocido jamás a ningún santo, pero sí había oído y leído mucho sobre el tema. Por aquel entonces yo estudiaba en un colegio en el norte de China, y los padres de mis compañeros —así como mis profesores— eran misioneros. Sufrí un primer desconcierto cuando caí en la cuenta —creo que este descubrimiento no lo compartí con nadie— de que consideraban a los chinos un pueblo primitivo. Yo no compartía en absoluto esa opinión, pero me aferré a la idea de que sería misionero en el seno de una tribu realmente primitiva. Llevaría una vida ejemplar y quizá llegara a alcanzar la cumbre del martirio. Durante los diez años sucesivos, tomé paulatinamente conciencia de los obstáculos que sembraban mi camino. Lo único que sabía de

la santidad era que el aspirante a santo no ha de tener más ocupación que su relación con Dios, ha de dedicarse en exclusiva a complacerlo y a servir a Sus criaturas sobre la Tierra. Por desgracia, en 1914, a la edad de diecisiete años, había dejado de creer en la existencia de Dios, mi convencimiento sobre la intrínseca divinidad de mis semejantes y la mía propia se había debilitado, y me sabía incapaz de cumplir estrictas exigencias como el desinterés por las propias necesidades, la sinceridad y el celibato.

Como consecuencia tal vez de esta breve vocación, conservé a lo largo de mi vida una puerilidad intermitente. No fui nunca agresivo, ni me movió afán competitivo alguno. Sabía entretenerme con cosas sencillas, como un niño que juega con unas conchas a la orilla del mar. A menudo parecía distraído o *ausente*. Ello irritaba a algunas personas; incluso amigos muy queridos, tanto hombres como mujeres, y entre ellos quizá mi propio padre, me retiraron su aprecio, achacándome cierta «falta de seriedad» o incluso tildándome de «bobo».

13

La SEGUNDA vocación —una versión laica de la primera— era la de ser antropólogo entre pueblos primitivos, y este interés no me ha abandonado nunca. El pasado y el futuro están siempre presentes en nosotros. Ya tendrá ocasión el lector de observar que el antropólogo, y su vástago, el sociólogo, siempre están presentes en este libro de una manera o de otra.

La TERCERA, la de arqueólogo.

La CUARTA, la de detective. Cuando cursaba tercero en la universidad, decidí convertirme en un fantástico detective. Leí mucho sobre el tema, no solo ficción sino también obras técnicas que trataban sobre los refinados métodos científicos de esta disciplina. El jefe de policía North destacaría en su empeño entre aquellos que nos protegen de las agresiones provenientes de la perversidad y la locura, males estos que amenazan nuestras vidas en el hogar y fuera de él.

La QUINTA era la de ser actor, un actor fabuloso. Esta falsa ilusión puede deducirse fácilmente considerando las otras ocho vocaciones.

La SEXTA consistía en convertirme en mago. Esta no la busqué yo, y me resulta difícil acertar con un nombre adecuado para definirla. No tenía nada que ver con los típicos espectáculos de magia. A una edad temprana descubrí que tenía el don de aliviar a los demás, un don cercano a la capacidad de inducir la hipnosis —¿me atrevería a decir el don de *ahuyentar demonios*?—. Entendí entonces de alguna manera en qué se basa el poder de los chamanes y los curanderos. Era este un don que me turbaba, y no lo puse en práctica a menudo, pero como podrá ver el lector en alguna ocasión no tuve más remedio que ejercitarlo. Es inseparable de cierta dosis de impostura y embaucamiento. Cuanto menos nos detengamos sobre el tema, mejor será.

La SÉPTIMA vocación es la de amante. ¿Qué clase de amante? ¿Uno omnívoro como Casanova? No. ¿Un admirador de todo lo noble y sublime de las mujeres, como los trovadores provenzales? No.

Años después alguien muy ducho en estas lides me proporcionó la descripción de la clase de amante a la que pertenezco. El doctor Sigmund Freud solía veranear en una región a las afueras de Viena llamada Grinzing. Dio la casualidad un verano de que yo también me encontraba allí y, sin hacer nada por propiciarlo, recibí la invitación de visitarlo en su villa los domingos por la tarde para lo que él llamaba *Plaudeirein*, o, lo que es lo mismo, conversaciones libres, sin un tema definido. En una de esas agradables ocasiones la charla se centró en la distinción entre *amar* y *enamorarse*.

—*Herr Doktor* —me preguntó—, no recuerdo ahora el título, pero ¿conoce usted una vieja comedia inglesa en la que el protagonista está aquejado de cierta dificultad (*Hemmung*)? En presencia de *damas* y de muchachas refinadas y de buena educación se muestra tímido y reservado, no es capaz de despejar la vista del suelo; pero, cuando se trata de criadas, camareras y lo que ahora llaman *mujeres emancipadas*, por el contrario, es todo audacia y descaro. ¿Sabe de qué comedia le hablo?

—Sí, *Herr Professor*. El título es *La dama sirvienta o los enre-*

dos de una noche.

—Y ¿quién es el autor?

—Oliver Goldsmith.

—Gracias. Hemos averiguado los médicos que, en esta obra, Oliver Goldsmith retrata de manera ejemplar un problema que a menudo descubrimos en nuestros pacientes. *Ach, die Dichter haben alles gekannt!* ('Los poetas siempre lo han sabido todo').

A continuación procedió a señalarme de qué manera está dicho problema relacionado con el complejo de Edipo y con el tabú del incesto, según los cuales el hombre asocia toda mujer *respetable* a su madre o sus hermanas, y por lo tanto este tipo de mujer queda *proscrito*.

—¿Recuerda usted el nombre del joven protagonista?

—Sí, Charles Marlow.

Freud repitió el nombre sonriendo, con manifiesta satisfacción. Me incliné hacia él y le dije:

—*Herr Professor*, ¿podríamos llamar a este problema el complejo de Charles Marlow?

—Desde luego, me parece muy bien. Llevo tiempo buscando el nombre apropiado.

Theophilus padecía, como se suele decir, esa dificultad, esa *Hemmung* aunque ello no le infligiera ningún sufrimiento. Bueno, dejemos para otros jóvenes la tarea de cortejar y persuadir, mes tras mes, al majestuoso cisne y a la vanidosa azucena; y, a Theophilus, reservémosle la atrevida urraca y la margarita complaciente.

La OCTAVA vocación es la de granuja. Para definirla mejor tengo que recurrir a un vocablo de una lengua extranjera: el *pícaro*¹. Mi curiosidad es muy amplia. Siempre me ha fascinado un personaje que representa lo opuesto de mi legado familiar de Escocia y Nueva Inglaterra: el hombre que vive de su ingenio, «un paso por delante de la ley», sin planes trazados de antemano,

¹ En español en el original. (Nota de la traductora).

sin ambiciones, al margen de la vida decorosa, que disfruta siendo más listo que los paletos, los prudentes, los tacaños, los complacientes y los que gustan de erigirse en jueces de sus semejantes. Soñaba con recorrer el mundo entero, ver millones de rostros, con un andar despreocupado, ligero de equipaje y de riquezas, eludiendo el hambre, el frío y la opresión gracias a la vivacidad de mi ingenio. Quienes actúan así no son solo los granujas sino también los aventureros. Había leído no sin envidia acerca de las vidas de muchos de ellos y observado que a menudo, justa o injustamente, acababan en la cárcel. Mi instinto y mis ocasionales pesadillas me habían advertido de que para mí el peor sufrimiento sería el de estar encerrado en la celda de una prisión. Alguna vez he coqueteado con ese modo de vida, pero no sin antes haber evaluado cuidadosamente los riesgos. Esta octava vocación me conduce a la última y más importante de todas:

La NOVENA: ser un hombre libre. Obsérvense todos los proyectos que no consideré siquiera: no quería ser banquero, comerciante ni abogado, ni seguir tampoco ninguna de esas carreras íntimamente relacionadas con juntas y consejos de dirección, como pueden ser las de político, editor, reformador del mundo, etcétera. Por otro lado, todas mis vocaciones tenían que ver con las personas, pero en tanto en cuanto individuos.

Como verá el lector, todas ellas seguían rondándome la cabeza de alguna manera. Como eran contradictorias, me buscaron problemas; dado que estaban muy arraigadas en mí, su realización con frecuencia me produjo una intensa satisfacción personal.

Estaba, pues, libre después de cuatro años y medio de confinamiento relativo. Desde mi estancia en el extranjero, hacía seis años, llevaba escribiendo un voluminoso diario —del que procede en gran parte este libro, que cubre un periodo de cuatro meses y medio—. Muchas de las entradas de este diario eran descripciones de hombres y mujeres a los que conocí, junto con todos los detalles que pude reunir sobre sus vidas. En la mayor

parte de lo que contaba, yo solo figuraba como testigo, aunque, ocasionalmente, recurría a mi diario para hacer algo de autoanálisis. Pero podría decir que durante los dos últimos años, la galería de retratos había ocupado un lugar preponderante en mi vida. Tan solo algo más tarde comprendí que, a su manera, era una forma de introspección mediante la observación de los demás. Maravilla el modo en que la naturaleza se afana en dotarnos de una armonía interior.

Desde el momento en que renuncié a mi empleo, dos días antes de dejar el colegio, descubrí que me estaban sucediendo distintas cosas en mi nuevo estado de libertad. Estaba recuperando cierto espíritu lúdico, pero no el de la adolescencia, que lleva a la agresividad temperada por las normas que imponen los diferentes juegos, sino el de la infancia, que es todo imaginación e improvisación. Me volví una persona despreocupada. Dicho espíritu lúdico me sacó del estado de cinismo e indiferencia en el que había caído. Por añadidura, volvió a surgir en mí una disponibilidad para la aventura, para el riesgo incluso, para inmiscuirme en las vidas de los demás, reírme y disfrutar con el peligro.

En 1926 tuve la oportunidad de estrenar mi nueva libertad antes de lo que esperaba. Cuando aún quedaban seis semanas para el final del curso se declaró una epidemia de gripe en el centro de Nueva Jersey. Pronto la enfermería superó su capacidad. Se instalaron camas en el gimnasio, que llegó a tener todo el aspecto de un lazareto. Vinieron los padres a llevarse a sus hijos. Se puso fin a las clases y, a nosotros los profesores, se nos dio permiso para marcharnos. Yo dejé el colegio de inmediato. Ni siquiera regresé a mi casa en Connecticut, pues hacía muy poco que había pasado allí las vacaciones de Pascua. Un colega, Eddie Linley, me había vendido su automóvil, con la condición de que tomara posesión del vehículo en su casa, en Providence, Rhode Island, y no en el colegio. Conocía bastante bien ese cacharro. Era el que se utilizaba en las colonias de vacaciones de New Hampshire donde también trabajaba Eddie. Como todos los monitores, nos habíamos turnado para llevar a los alumnos —normalmen-

te en los vehículos más grandes— a la iglesia, al baile o al cine. Este auto, más pequeño, conocido como *Hannah*—por la canción entonces tan popular de *Hard-Hearted Hannah*— se utilizaba para los trayectos cotidianos cortos, como por ejemplo para ir al pueblo vecino, a correos, a la compra, al médico, y de vez en cuando también para llevar a los profesores a alguna fiesta bien regada de aguardiente de manzana. *Hannah* había tenido una larga vida de servicio y estaba ya en las últimas. Dos años antes, los directores del campamento se la habían vendido a Eddie por cincuenta dólares. Eddie era un mecánico nato. La pobre *Hannah* no pedía más que poder terminar sus días en el fondo de un barranco de New Hampshire, pero Eddie se empeñaba una y otra vez en resucitarla. Conocía sus manías; sabía mimarla. *Hannah* lo llevaba en múltiples viajes entre New Hampshire, Rhode Island y Nueva Jersey. Le ofrecí veinticinco dólares por el auto con la condición de que me diera algunas instrucciones básicas sobre cómo reaccionar en caso de emergencia. Eddie aceptó el trato, y lo conduje ida y vuelta hasta Trenton, trayecto durante el cual *Hannah* se portó admirablemente. Eddie me invitó a acompañarlo en su viaje hasta Providence, pero le dije que quería pasar la noche en Nueva York y que me presentaría en su casa al día siguiente. Accedió a transportar dos maletas mías y varias cajas con libros —las escasas pertenencias que había acumulado durante mis años en el colegio y que incluían los dos últimos volúmenes de mi valioso diario—. Me fui a Nueva York ligero de equipaje. Desde aquel martes a mediodía, estaba libre como un pájaro.

Pensaba entonces que Nueva York era la ciudad más maravillosa del mundo, y lo sigo pensando ahora, cerca de cincuenta años después. Por aquel entonces ya conocía y amaba muchas otras: Roma y París, Hong Kong y Shanghai, donde había pasado parte de mi niñez; más tarde habría de sentirme también como en casa en Londres, Berlín, Roma y Viena. Pero ninguna de estas ciudades podrá igualar nunca a Nueva York en su diversidad, su clima y su riqueza en sorpresas de todo tipo.

Su extraordinario clima abarca no solo ambos extremos, desde el calor más ardiente hasta el frío más gélido, sino también esos radiantes días de sol en medio del frío más intenso y esos deliciosos días templados que son una bendición en los meses de julio y agosto. Además yo por entonces creía, y no he cambiado de opinión, en la teoría, divulgada de vez en cuando por lo que llamamos las autoridades, de que hay una especie de franja magnética de unas cien millas de ancho y mil de largo que se extiende bajo tierra desde Nueva York hasta Chicago. Las personas que habitan en esa área están animadas por una fuerza galvánica; son vivas, optimistas y están llenas de recursos, pero no son muy longevas. Abundan las enfermedades cardíacas. Estas personas reciben y aceptan el dilema de Aquiles: una vida intensa y alegre pero breve o bien una larga existencia monótona y sosa. Los hombres, las mujeres y los niños son particularmente conscientes de esa fuerza que surge del suelo de Nueva York y de Chicago —y de las ciudades situadas entre ambas— en los meses de verano y de otoño. Según investigaciones de los entomólogos, hasta las hormigas avanzan a un paso más rápido en esta zona.

19

Había previsto pasar la noche, como era mi costumbre, en la sede local de la hermandad a la que había pertenecido durante mis años de estudiante en la Universidad de Yale. Con el fin de organizarme un entretenimiento para la velada, había llamado a algunas amigas de mi colegio de Nueva Jersey que vivían en Nueva York:

—Buenos días, soy el doctor Caldwell, de Montreal. ¿Podría hablar con la señora Denham?

El mayordomo respondió:

—La señora Denham se encuentra en Carolina del Norte, señor.

—Oh, gracias. Entonces la llamaré la próxima vez que visite Nueva York.

—Gracias, señor.

—Buenos días, soy el doctor Caldwell, de Montreal. ¿Podría hablar con la señorita LaVigna?

—¿Qué señorita LaVigna, Anna o Grazia?

—La señorita Grazia, por favor.

—Grazia ya no vive aquí. Encontró trabajo en Newark, en el salón de belleza Aurora; está en la guía telefónica.

—Gracias, señora LaVigna, la llamaré allí.

Mi decepción fue tan grande que cambié mis planes. Hice transbordo en Nueva York y desde allí tomé de inmediato un tren hasta Providence. Me alojé en un hotel y fui a recoger mi coche en casa de Eddie la tarde siguiente.

20 No tenía una idea muy clara de lo que iba a hacer durante el verano. Según había oído, se podía vivir por muy poco dinero en la provincia de Quebec. Pasaría una corta temporada en la zona de Boston, que apenas conocía, y visitaría Concord, Walden Pond y Salem; luego seguiría camino rumbo al norte, atravesando Maine, le mandarí una postal a mi padre desde su ciudad natal..., algo así.

Me bastaba con tener ante mí todas las carreteras del hemisferio norte y poder recorrerlas al volante de mi propio automóvil... durante cuatro meses en los que no tendría una sola obligación.